

Presentación

AMERICA Y BOLIVAR

¿Qué diría Simón Bolívar si le fuera dable contemplar el actual panorama americano? ¿Correspondería al sueño del Libertador y a sus generosos anhelos? Es probable que repitiese las palabras que pronunció en su lecho de muerte y que aún resuenan con trágico eco de amargura y decepción: "Aré en el mar".

Sin embargo, su legado idealista no ha perdido vigor y en los momentos de profundas crisis o de conflictos fratricidas, reaparece como fuente inspiradora para buscar soluciones a inquietantes problemas.

Al recordar el bicentenario del nacimiento de Bolívar, pareciera que todo un largo y confuso proceso histórico adquiriese de pronto la nitidez de un cuadro revelador de explicaciones coherentes, para comprender nuestro pasado y encontrarle sentido al presente.

Del futuro sólo podríamos vislumbrar una vaga esperanza, porque es difícil que alguien tenga tan extraordinarias facultades premonitorias como para anticipar cuál será el final del drama de inseguridad y de incertidumbre que vive el mundo. Las amenazas de destrucción alimentan un oleaje furioso cuya resaca llega también hasta nuestras playas.

No obstante, de algo habrá que asirse en esta tormenta en que naufragan valores, convicciones, ideologías y creencias, a pesar de que todavía persiste una nebulosa conceptual alrededor del término América. Tal vez por eso mismo los europeos con milenaria tradición cultural nos han mirado con recelo cuando no con menosprecio, desde Hegel, quien dijo que "América siempre se ha mostrado física y psíquicamente impotente", hasta Papini, Baroja y el propio Ortega y Gasset.

Para Papini no había nada que pudiera rescatarse como valor estable en nuestro continente. A su vez el irascible novelista vasco, gracias al cual se acuñó el sinónimo "barojiano" para lo que es cruelmente irónico, calificó a nuestro Premio Nobel Gabriela Mistral de "cacatúa sudamericana". Y el grande y venerado Ortega, al verificar un exceso editorial de buena fe en una época de hambruna cultural y de escasos medios, nos llamó "araucanos forajidos" y "piratas del Pacífico" en la revista "Sur" de Victoria Ocampo, su espléndida anfitriona bonaerense.

Necesario es admitir que es culpa nuestra el haber sido blanco de la mordacidad europea, por no saber o no querer oponer una estructura vertebrada, con unidad de acción, frente a trascendentales acontecimientos y a la polarización del mundo moderno.

Ahora a la pregunta ¿qué es América? se responde con otra pregunta: ¿cuál América? Porque hay varias. Están la del Norte, la del Centro y la del Sur, la del Caribe y de las Antillas. Los componentes de cada una en muchos casos apenas se conocen entre ellos, o simplemente se ignoran o actúan como adversarios irreconciliables.

¿Podría considerarse absolutamente americano al Brasil, por ejemplo, cuando todas sus metas son convertirse en potencia mundial? En cierto modo ya lo ha logrado con la gravitación de su potencialidad económica y su movimiento expansivo apoyado en gigantescos recursos naturales. Otro tanto se puede decir de Jamaica, Guyana, Grenada, Trinidad-Tobago, Barbados y Bahamas, con lejanas raíces; de Puerto Rico que con su condición de "Estado asociado" se ha disociado del americanismo; y de Haití, con su francés clásico en las clases altas y su ininteligible créole en las capas populares. Estados Unidos demuestra a menudo frustrantes vacilaciones al comprobar que ha perdido esa especie de patria potestad que trató de ejercer sobre extensas áreas. Cuba es cada vez menos americana con su revolución exportable.

Es innegable que existen tres realidades excluyendo a la de origen anglosajón y la que ha surgido a la sombra de la explosión de

pequeños nacionalismos resultantes de una tardía descolonización, como en África: 1) América Latina, la que es mirada como anécdota de criollismo pintoresco y a veces con criterio peyorativo; 2) Indoamérica, con dos derivaciones: una que ha intentado revivir el núcleo sociocultural andino del Tiahuanacu antiguo y otra que pretende regionalizar en agrupaciones homogéneas o afines a distintos sectores de nuestro vasto continente. En alguna forma las ideas de constituir complejos geográficos sin desigualdades notorias en sus niveles de desarrollo, como el Pacto Andino, la Ileia Amazónica, la Cuenca del Plata y el Cono Sur, han reconocido las razonables proposiciones del Aprísmo peruano. Y la tercera realidad, quizás la de mayores posibilidades por su trayectoria sin lagunas y por su presencia emergente, es Iberoamérica. Algunos países proclaman con orgullo su parecido con España. Se estaría operando una reconquista al revés, como para contrarrestar lo que, según Carlos Pereyra, exclamó Bolívar al contemplar el fracaso de su grandioso esfuerzo: "Hemos destruido tres siglos de cultura y de industria".

Pero es un falso convencimiento el creer que "nunca hemos sido algo". Ocurre que hemos enfermado de envejecimiento prematuro. Y así lo afirma el que fuera Presidente de Chile por un corto período y Secretario General de la OEA, Carlos Dávila, en su libro "Nosotros los de las Américas", publicado en 1950. Hizo entonces un verdadero análisis crítico de grandes y miserias, de los tiempos de esplendor y decadencia.

Frases de diferentes capítulos de esta obra son un llamado para hacer un examen de conciencia por haber dilapidado un inapreciable patrimonio: "Recibimos una América joven e inmune, pero ahora se ha envejecido y contaminado. Preferimos la fragmentación a la federación. Hace 200 años América Latina iba muy adelante. A principios del siglo XVII la producción industrial del Brasil colonial era mayor que la de Inglaterra, y en el siglo XVIII mayor que la producción industrial de los Estados Unidos. La exportación total de las trece colonias británicas, cuando se inde-

pendizaron en 1783, no pasaba de cinco millones de dólares. El Brasil solo exportaba tres o cuatro veces más, y toda la América Latina unas 27 veces más. La preeminencia económica tenía su paralelo en el florecer de la cultura. Después de la independencia las cosas cambiaron. La fragmentada y turbulenta América Latina se fue quedando atrás mientras avanzaba el prodigioso crecimiento norteamericano”.

Si comparamos el contenido de este libro con recientes publicaciones, podemos ver que el camino americano se ha desviado y que los propósitos de integración, aun siendo válidos, se estrellan contra un muro de intereses y de fenómenos imprevisibles. La Comisión Económica para América Latina es el organismo internacional que ha proyectado más claridad al respecto. La Secretaría Ejecutiva de la CEPAL convocó a un grupo especial de trabajo en su sede de Santiago de Chile, del 22 al 24 de noviembre de 1982. Extractamos algunas de sus conclusiones: “En las tres últimas décadas las diferentes sociedades nacionales de América Latina han atravesado por profundos procesos de cambio que han afectado tanto la naturaleza como las interrelaciones de las clases y grupos que las componen. La magnitud del incremento demográfico y sus consecuencias sobre la disponibilidad de recursos; el acelerado proceso de urbanización y sus repercusiones sobre la constitución de las unidades nacionales; la distinta significación y tiempo histórico en que se ha materializado la industrialización; la más acelerada transformación que se recuerde de las condiciones educativas y culturales de la población; impacto de la transformación capitalista del agro en la emigración son, entre otros, factores que han hecho inadecuados los paradigmas sociológicos establecidos para explicar estos cambios y sus efectos.

La diversidad de las realidades nacionales se ha acentuado notoriamente. Muchos países de la región parecen encontrarse actualmente en situaciones de bloqueo o agotamiento de sus procesos recientes de crecimiento y desarrollo. Hay una metamorfosis profunda de signos contrarios; se desdibujan las líneas divisorias

rias entre grupos y clases sociales al hacerse más compleja la estructura ocupacional con la diversificación y la terciarización de la economía. Los modelos societales opuestos, con la guerra fría ideológica y la influencia de la revolución cubana, contribuyen al quiebre de las alianzas mesopopulares. La industrialización enfrenta los límites del mercado y las desventajas tecnológicas; la apertura económica internacional encara un grave endeudamiento y un ritmo de consumo excesivo en relación a la inversión productiva; en muchos países la metropolización ha alcanzado un crecimiento difícil de mantener. La complejidad creciente del sistema socioeconómico expresada en bloqueo, agotamiento y estancamiento, lleva a que en algunos países ya se hable de ingobernabilidad de la sociedad. En este contexto de múltiples divergencias se abre paso un sentimiento de urgencia a fin de evitar la desorganización civil violenta y recuperar un acuerdo común de participación de la construcción de sociedades equitativas”.

Una vez más la ponderada cordura y el buen juicio reflejan la esperanzada invocación bolivariana.

El peligro de desestabilidad de América Latina proviene en gran medida de su descomunal deuda externa que sobrepasa los 300 mil millones de dólares en conjunto. Ya lo advirtió Riordan Roett, Director del Programa de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de John Hopkins: “En términos humanos, la crisis de la deuda ha impuesto una creciente miseria a los pueblos de América Latina. El costo social de la austeridad ha tenido y continuará teniendo implicaciones políticas. Las consecuencias sociopolíticas de la crisis de la deuda serán tan significativas como su dimensión financiera. La inestabilidad y los conflictos políticos están directamente vinculados al hambre, las privaciones, las enfermedades y la falta de empleos”.

El recuerdo de Bolívar debiera ser la base de un solo y ferviente deseo: restablecer los vínculos de hermandad y un ambiente de paz en el continente.

Nada más oportuno que la breve y justiciera reflexión de Germán Arciniegas que transcribimos:

"No reconoce la historia de nuestra América otro personaje que alcance la estatura histórica de Bolívar. Sencillamente, porque fue todo un hombre en blanco y negro, que cometió grandes errores, que se equivocó muchas veces, que fue imperfecto, y que por su grandeza misma da mayor realce a sus propias faltas. Hágase de cuanto es negativo en él un abultamiento tan desmesurado como quepa en la imaginación humana, y todo se verá pequeño ante el hecho positivo de sus guerras fabulosas en la lucha por la independencia de América.

Pero como de un hombre semejante se pueden sacar muchas imágenes diversas, y como el sentido mismo de la Independencia no se aprecia por todos en igual forma, a Bolívar se le ha dividido, y de esta división resulta que cada cual lo aprovecha para su propia conveniencia, hasta el extremo de convertir en confuso medallón un perfil tan inequívoco como el que fijó David d'Anger en rasgos de incomparable nitidez".

Esperamos que nuestra auténtica Historia siga su marcha inexorable.

TITO CASTILLO